



PASE LIBRE

A LA LECTURA

HISTORIAS DE AMOR

ALEJANDRO DOLINA



Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación
Prof. Alberto Sileoni

Secretaria de Educación
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Jefe de Asesores de Gabinete
Lic. Jaime Perczyk

Subsecretaria de Equidad y Calidad Educativa
Lic. Mara Brawer

Director Nacional de Políticas Socioeducativas
A.S. Pablo Urquiza

Directora del Plan Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan



“Historias de Amor” de Alejandro Dolina
En *Crónicas del Ángel Gris*, Ediciones Colihue
© Alejandro Dolina



Colección: “Pase libre a la lectura”
Fotografías de la colección: Mariana Monteserin, Paula Salvatierra, Daniel Santoyo, Elizabeth Sánchez y Natalia Volpe
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011 (Juan Salvador de Tullio, Mariana Monteserin, Paula Salvatierra, Elizabeth Sánchez y Natalia Volpe. Revisión: Silvia Pazos)

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2011
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
consultas-planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, reimpresión 2011

HISTORIAS DE AMOR

Alejandro Dolina

El universo es una perversa inmensidad hecha de ausencia. Uno no está en casi ninguna parte. Sin embargo, en medio de las infinitas desolaciones hay una buena noticia: el amor.

Los Hombres Sensibles de Flores tomaban ese rumbo cuando querían explicar el cosmos. Y hasta los Refutadores de Leyendas tuvieron que admitir, casi sin reservas, que el amor existe.

Eso sí, nadie debe confundir el amor con la dicha. Al contrario: a veces se piensa que amor y pena son una misma cosa. Especialmente en el barrio del Ángel Gris, que es también el barrio del desencuentro.

Las historias amorosas de los tiempos dorados son casi siempre tristes.

Esto no basta para afirmar que todos los romances fueron desdichados: sucede –tal vez– que el arte necesita nostalgia. No se puede ser artista si no se ha perdido algo. Los poemas de amor satisfecho aparecen como una compadrada de mercaderes afortunados. Por eso los poetas de Flores buscaban el desencanto, porque pensaban que cerca de él andaba el verso

perfecto. Casi todos quedaban en la mitad del camino.

Manuel Mandeb veía las cosas de un modo más complicado. Admitía que la pena de amor conducía al arte. Pero también sostenía que el propósito final del arte es el amor. La recompensa del artista es ser amado.

Así parecía opinar Ives Castagnino, el músico de Palermo, quien componía vales melancólicos al solo efecto de seducir señoritas. Cuando no lo lograba, su tristeza le dictaba otras canciones que más tarde le servirían para deslumbrar señoritas nuevas, y así recomenzaba el círculo.

Algunos muchachos sin vocación artística trataban de merecer a las damas cautivando las ciencias, la bondad, el coraje, la riqueza o la extorsión. Los autores de aforismos extrajeron de estas realidades una conclusión modesta: si no fuera por el amor, nadie haría gran cosa.

Las muchachas beligerantes podrán objetar que estos pensamientos parecen reservados a la conducta masculina. Al respecto, Mandeb creía que las mujeres hacían de ellas mismas un hecho artístico.

El polígrafo de Flores, en un raptó de arbitrariedad, llegó a establecer un orden de cualidades, según su eficacia para enamorar.

Colocó en primer lugar la belleza y luego la juventud, aclarando que estas dos virtudes son tal vez una sola.

Después ubicó las condiciones espirituales: inteligencia y bondad. En último término, el poder y el dinero.

Muchedumbres de feos de cierta edad polemizaron con Mandeb reclamando el derecho a ser amados por su limpieza,

trayectoria comercial o apellido ilustre.

De todos modos, para este oscuro pensador, el amor era una flor exótica cuyo hallazgo ocurría muy pocas veces.

–De cada mil personas que pasen por esa puerta –decía– acaso nos conmueva solamente una. Del mismo modo, quizá sólo una allá entre las mil tenga a bien impresionarse con nosotros. La cuenta es sencilla: sin contar percepciones engañosas y desilusiones posteriores, la posibilidad de un amor correspondido es de una en un millón. No está tan mal, después de todo.

Pero dejemos la pura especulación de los espíritus obtusos de Flores. Mucho más interesante es saber cómo amaron realmente. Para ello habremos de transcribir algunas historias que presumen de veraces y que han llegado hasta nosotros por avenidas literarias o por oscuros atajos confidenciales.

HISTORIA DEL QUE ESPERÓ SIETE AÑOS

Jorge Allen, el poeta, amaba a una joven pechugona de los barrios hostiles.

Según supo después, alcanzó a ser feliz. Una noche de junio, la chica resolvió abandonarlo.

–No te quiero más –le dijo.

Allen cometió entonces los peores pecados de su vida; suplicó, se humilló, escribió versos horrorosos y lloró en los rincones.

La pechugona se mantuvo firme y rubricó la maniobra entreverándose con un deportista reluciente.

El poeta recobró la dignidad y empleó su tiempo en amar sin esperanzas y en recordar el pasado. Su alma se retempló en el sufrimiento y se hizo cada vez más sabio y bondadoso. Muchas veces soñó con el regreso de la muchacha, aunque tuvo el buen tino de no esperar que tal sueño se cumpliera.

Más tarde supo que jamás habría en su vida algo mejor que aquel amor imposible.

Sin embargo, una noche de verano, siete años y siete meses después de su pronunciamiento, la pechugona apareció de nuevo.

Las lágrimas le corrían por el escote cuando confesó al poeta:
—Otra vez te quiero.

Allen nunca pudo contar con claridad lo que sintió en aquellas horas. El caso es que regresó a su casa vacío y desengañado. Quiso llorar y no pudo. Nunca más volvió a ver a la pechugona. Y lo que es peor, nunca más, nunca más volvió a pensar en ella ni a soñar su regreso.

HISTORIA DEL QUE SE ENAMORÓ DE UNA NIÑA DEMASIADO JOVEN

Manuel Mandeb supo tener amores con una niña muy joven de la calle Páez. La muchacha no hizo cuestión por la diferencia de edades y además es cierto que Mandeb era un hombre de aspecto soberbio, dentro de su sombrío estilo.

Pero pronto empezaron las dificultades.

Un día, Mandeb insistió en caminar bajo un aguacero mientras recitaba a los gritos un soneto flamante.

Una noche le hizo el amor en la casa embrujada de la calle Campana para espantar a los demonios.

A veces, en la madrugada, se trepaba hasta la ventana de la niña, en el tercer piso, y dejaba prendida una flor roja.

Una tarde de invierno le hizo probar el licor del olvido y el vino del recuerdo.

En verano, le sacaba la blusa en las calles oscuras y le ponía alguna de sus gastadas camisas azules.

Para su cumpleaños le regaló una sombra robada en Villa del Parque que había encerrado en una caja de cristal.

Después enseñó a todos los pájaros de Flores a cantar el nombre de la muchacha en su ventana.

Entonces la niña abandonó a Mandeb y comentó luego a sus amistades en una pizzería:

–No éramos de la misma generación.

HISTORIA DEL QUE SE DESGRACIÓ EN EL TREN

Jaime Gorriti tomaba todos los días el tren de las 14:35.

Y todos los días se fijaba en una estudiante morocha. Con prudente astucia trataba de ubicarse cerca de ella y –a veces–

ligaba una mirada prometedora.

Una tarde empezó a saludarla. Y algunos días después tuvo ocasión de hacerse ver, ayudándola a recoger unos libritos desbarrancados.

Por fin, un asiento desocupado les permitió sentarse juntos y conversar. Gorriti aceleró y le hizo conocer sus destrezas de picaflor aficionado. No andaba mal. La morocha conocía el juego y colaboraba con retruques adecuados.

Sin embargo, los demonios resolvieron intervenir.

Saliendo de Haedo, la chica trató de abrir la ventanilla y no pudo. Con gesto mundano, Gorriti copó la banca.

—Por favor...

Se prendió de la manijas, tiró hacia arriba con toda su fuerza y se desgració con un estruendo irreparable.

Sin decir palabra, se fue pasillo adelante y se largó del tren en Morón. Desde ese día empezó a tomar el tren de las 14:10.

HISTORIA DEL QUE PADECÍA LOS DOS MALES

En la calle Caracas vivía un hombre que amaba a una rubia. Pero ella lo despreciaba enteramente.

Unas cuadras más abajo dos morochas se morían por el hombre y se le ofrecían ante su puerta. Él las rechazaba con honestidad.

El amor depara dos máximas adversidades de opuesto sig-

no: amar a quien no nos ama y ser amados por quien no podemos amar.

El hombre de la calle Caracas padeció ambas desgracias al mismo tiempo y murió una mañana ante el llanto de las morochas y la indiferencia de la rubia.

HISTORIA DEL QUE NO PODÍA OLVIDAR

El ruso Salzman tuvo muchas novias. Y a decir verdad solía dejarlas al poco tiempo. Sin embargo, jamás se olvidaba de ellas.

Todas las noches sus antiguos amores se le presentaban por turno en forma de pesadilla. Y Salzman lloraba por la ausencia de ellas.

La primera novia, la verdulera de Burzaco, la pelirroja de Villa Luro, la inglesa de La Lucila; la arquitecta de Palermo, la modista de Ciudadela. Y también las novias que nunca tuvo: la que no lo quiso, la que vio una sola vez en el puerto, la que le vendió un par de zapatos, la que desapareció en un zaguán antes de cruzarse con él.

Después Salzman lloraba por las novias futuras que aún no habían llegado. Los hombres sabios no se burlaban del ruso pues comprendían que estaba poseído del más sagrado berretín cósmico: el hombre quería vivir todas las vidas y estaba condenado a transitar solamente por una. Aprendan a soñar los que se contentan con sacar la lotería...

LA CALLE DE LAS NOVIAS PERDIDAS

Hay una calle en Flores en la que viven todas las novias abandonadas. Al atardecer salen a la vereda y miran ansiosas hacia las esquinas para ver si vuelven los novios que se fueron. A veces conversan entre ellas y rememoran viejos paseos al Rosedal.

Por las noches se encierran a releer cartas viejas que guardan en cajotas primorosas o a mirar fotografías grises.

Los domingos se ponen vestidos floreados y se pintan los labios. Algunas escriben diarios íntimos con letra prolija.

Dicen que no es posible encontrar esa calle. Pero se sabe que algún día desembocará en la esquina el batallón de novios vencedores de la muerte para rescatar a las novias perdidas y llevarlas de paseo al Rosedal. Esto será dentro de mucho tiempo, cuando endulce sus cuerdas el pájaro cantor.

Existen por ahí infinidad de personas confiables que juran que el amor es posible en todos los barrios. No habrá de discutirse semejante tesis. Pero el que quiera vivir pasiones locas, es mejor que no pierda el tiempo en rumbos equivocados. Una historia terrible está esperando en Flores.



INFORMES



ABRÓCHESE
EL CINTURÓN



NO USE
EL CELULAR



PASE LIBRE
A LA LECTURA



SI BEBIÓ
NO CONDUZCA



LUCES BAJAS
OBLIGATORIAS



ALEJANDRO DOLINA



Nació el 20 de mayo de 1949, en Baigorrita, provincia de Buenos Aires. Creció, sin embargo, en el barrio porteño de Caseros. Comenzó como periodista y humorista en las revistas *Mengano* (desde 1974), *Humor* (desde 1978), donde publicó sus *Crónicas del Ángel Gris*, que en 1988 pasaron a formar parte de un libro con ese mismo nombre. Un importante anhelo del Negro Dolina era grabar un disco hasta que en 1998 sacó *Por el amor de Laura*, algo que él caratuló como “opereta criolla”. En el año 2000 publicó *El libro del Fantasma*. En radio, se convirtió en un verdadero fenómeno. Desde su recordado ciclo “Demasiado tarde para lágrimas”, Dolina ha creado un espacio inimitable, donde tienen lugar la crítica, la reflexión, la exaltación costumbrista, el delirio, la música y la poesía, con un trasfondo en el que resuenan ecos de la mitología barrial. Ahora es conductor de uno de los programas de radio más populares de Buenos Aires, “La venganza será terrible”, donde habla, toca música y cuenta frente al público, todas las noches, sus historias de barrio. En televisión hizo “La barra de Dolina” y los micros de “Clemente” y, en cine, “El día que Maradona conoció a Gardel”.



Presidencia de la Nación



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

DNPS Dirección Nacional
DE POLÍTICAS
SOCIEDUCATIVAS

LECTURA PARA TOD@S

